

Las vueltas del populismo

Nuria Girona

Però hem viscut per salvar-vos els mots,
per retornar-vos el nom de cada cosa,
perquè seguíssiu el recte camí
d'accés al ple domini de la terra.

Salvador Espriu

«El término “populista” se ha convertido en un arma arrojada contra el adversario político» escribía Íñigo Errejón... ¡en el año 2011!, mucho antes de ser elegido secretario político de Podemos y mucho antes de que el arma se lanzara en su contra. Porque desde la irrupción de esta formación política en nuestro país, el término se ha activado en el ámbito público y político, la mayoría de las veces como una acusación, otras como una temible advertencia, siempre pronunciado en tono de sospecha.

La impugnación contra el populismo se erige en nombre de una racionalidad que designa la barbarie que supuestamente conlleva. La palabra parece invocar los peores fantasmas de cierta clase política: el advenimiento de las masas, el desorden civil, el repudio de las instituciones, la redistribución de bienes, etc. Las descalificaciones son bien conocidas: desde la insistencia en la cercanía al chavismo hasta las concomitancias con una revolución atávica o un lejano comunismo cuya leyenda disgrega familias y pertenencias. Como si de la llamada de la selva se tratara, el primitivismo, la turba y el descontrol emparentan al populismo con un retorno al pasado. En distintas geografías y momentos, el término aparece y desaparece del escenario político, social y académico. Las idas y venidas del populismo nos devuelven a un tiempo que atrasa, a un origen superado, aniquilado o distanciado que irrumpe de nuevo a modo de broma pesada.

La vehemencia de estas descalificaciones y sus asociaciones no parecen casuales. Las referencias a un pasado premoderno se presentan como un ciclo de regreso al clan que desentierra nuestro origen remoto; la espantosa cercanía de un otro amenazante (étnico, salvaje, social) evoca la época imperial o la exterminación de los totalitarismos: una alteridad borrada, un tiempo repudiado. Por no mencionar el temor al contacto de clases sociales que tan bien representó la literatura del siglo XIX, ese límite que el populismo traspasa.

Conviene no olvidar que la emergencia de Podemos se vincula a las protestas del movimiento 15M que se propagó mediante acampadas y manifestaciones

masivas en plazas y calles (después en asambleas populares y distintas *mareas* y colectivos). Las movilizaciones funcionaron como catalizador de la indignación y del malestar ciudadano. La multitud se hizo presente sin distinciones de edad, estatus, creencias ni geografías.

Podemos ha sabido recoger esta pluralidad que no se limita a los sectores sociales dañados por la crisis, también a jóvenes que se acercan por primera vez a la política, tanto como a desencantados y desinteresados, apeados de otros partidos, además de asociaciones y corporaciones que no habían encontrado espacio de representación, de tal manera que ha logrado articular lo que el sistema económico expulsó con lo heterogéneo y escindido del orden social, segmentos de distintos ámbitos sin forma de expresión ni mediación política hasta ahora.

Aquello que quedó excluido, se consideraba ilegítimo o resultaba sencillamente irrepresentable... en los desbordes y excesos del populismo emerge lo «que carece de ubicación diferencial dentro de un orden simbólico» (Laclau 2005, 139). Más allá de la reconfiguración política, desestabiliza la barrera constitutiva de toda identidad, de ahí la virulencia con la que se sintomatizan sus desplazamientos, la animadversión abyecta: «una de esas violentas y oscuras rebeliones del ser contra aquello que lo amenaza y que le parece venir de un afuera o de un adentro exorbitante, arrojado al lado de lo posible y de lo tolerable, de lo pensable» (Kristeva, 1989: 7).

Resulta sorprendente que algunas de las acusaciones contra Podemos provengan de miembros cuyas siglas de partido incluyen la denominación de «Popular» que, sin duda, se revela de manera imprevista. Aunque las diatribas en este contexto están motivadas por un afán denigratorio, también podemos tomarlas como indicio del enfrentamiento crítico que el mismo concepto ha generado en el campo de la teoría política y que se recoge en estas páginas.

Sus autores reconocen, como viene siendo habitual, la vaguedad del término y la variedad de fenómenos que agrupa. A los denominados *populismos clásicos* en el campo latinoamericano, como el cardenismo, el peronismo, el varguismo, etc., se han sumado los recientes referentes de Néstor Kirchner y Rafael Correa (que se tratan aquí en sendos artículos), Hugo Chávez, Evo Morales y José Mujica. Y pese a que los programas políticos de Carlos Menem o Alberto Fujimori se sustentaron en principios neoliberales, también han sido considerados bajo esta etiqueta. En Europa, el *squadrismo* agrario italiano, el movimiento intelectual *strapaese*, el nacional-socialismo alemán, en el pasado, y el régimen de Berlusconi en fechas más recientes, entre otros, han recibido este calificativo, a los que ahora se añade Podemos y la brecha abierta por Syriza en Grecia. Por último, no debería sorprendernos la vertiente populista que Jesús Peris Llorca describe en estas mismas páginas para el caso del *blaverismo* en la Comunidad Valenciana y que apunta a una torsión más en este paradigma político, si es que todavía algún distintivo permite tal agrupación.

Como puede observarse, este conglomerado abarca desde cuestiones referidas a un tipo particular de liderazgo hasta prácticas políticas que conciernen a la

esfera estatal, económica e ideológica, así como al ámbito de los movimientos sociales. La contradicción prescriptiva o la imprecisión han caracterizado igualmente los intentos de esclarecimiento de este concepto. Tal vaguedad y amplitud fue tomada por Ernesto Laclau no tanto como una carencia sino como una matriz estructural del populismo, en correspondencia con las condiciones mismas de la realidad en la que emerge. A pesar de que esta premisa parece diluir aún más la cuestión, sirve para mostrar que el populismo no tiene ninguna unidad referencial porque responde a «una lógica social» cuyos efectos atraviesan una variedad de fenómenos. «¿No sería el populismo, más que una tosca operación política e ideológica, un acto performativo dotado de una racionalidad propia, es decir, que el hecho de ser vago en determinadas situaciones es la condición para construir significados políticos relevantes?» (Laclau, 2005: 32).

Este planteamiento sortea esencialismos y prejuicios críticos al considerar que su especificidad no se halla en contenidos políticos o ideológicos distintivos «sino en un determinado *modo de articulación* de esos contenidos sociales, políticos e ideológicos, cualesquiera ellos sean» (Laclau, 2009:53). Descontento, demandas insatisfechas, incapacidad de absorción institucional, división antagónica, configuración de una identidad colectiva, etc., pueden caracterizar las condiciones de aparición del populismo pero solo en la particular gestión y negociación de esta identidad, sus reivindicaciones y sus factibles reordenamientos, radicaría la dinámica del populismo, distinta en cada situación y en cada contexto histórico. Atender a esta lógica política permite rescatarlo del estrecho marco que lo supe- dita a una etapa de tránsito en los procesos modernizadores o lo denigra como empuje irracional de clases subalternas, manipuladas por un jefe carismático.

«El populismo es, simplemente, un modo de construir lo político» afirma Laclau (2005:11), con lo que nuevamente parece abocado a una generalización ambigua: puede tomarse así, pero también como una guía que reconduzca la política a lo político en lo que implica de repensar los límites de la soberanía popular y la democracia representativa, la tensión entre administración estatal y carencias ciudadanas, los bordes entre gubernamentalidad y subjetividad, los contornos difusos entre identidades identificaciones, lo que nos agrupa y lo que nos separa, etc. Al fin y al cabo las vueltas del populismo nos regresan al punto instituyente de la política como lazo civilizatorio, ese que de forma tan temible retorna.

PODEMOS: NO PIENSES EN UN ELEFANTE

Toda la realidad al fin es esto:
decir un nombre de otro modo.

Roberto Juarroz

En más de una ocasión, Pablo Iglesias se ha referido a sí mismo como «creador de marcos discursivos» (Muriel, 2014), un guiño de complicidad dirigido a unos pocos con el que se atribuye un enigmático mérito. Íñigo Errejón publica el artículo «¿Qué es el análisis político? Una propuesta desde la teoría del discurso y la hegemonía» (2011) y el libro *Curso urgente de política para gente decente*, de Juan Carlos Monedero (2013) combina el llamamiento a la acción combativa con el manual de comunicación política. Son solo algunos ejemplos sobre la manera en que los dirigentes de Podemos conciben la interacción discursiva, intrínseca a sus principios políticos.

En estos principios se advierte la deuda con los trabajos de Ernesto Laclau, para quien las prácticas políticas se fundamentan en lógicas discursivas; una deuda reconocida ya en la producción académica de sus promotores, en donde se gesta este proyecto político y que contradice el carácter improvisado que a menudo se le achaca.

Es importante recalcar que esta noción de discurso trasciende la distinción entre lo lingüístico y lo extralingüístico, tal y como lo expresa Errejón: «Los discursos, es preciso aclararlo, no se reducen a los textos o intervenciones orales, sino que incluyen todas las prácticas, institucionales y supuestamente no políticas, que construyen significado político a partir de determinados hechos sociales». Tampoco se limita a su dimensión retórica (aunque la incluye) ya que el vínculo que establece entre sus participantes comporta acciones y genera sentidos, un rasgo funcional en la organización de las relaciones sociales. La forma que adquiere esta articulación discursiva, independientemente del tipo de reclamos que conjugué o la plenitud del intercambio informativo, produce efectos estructurantes en los modos de representación política y en las subjetividades que eventualmente se construyen a su alrededor.

Por lo tanto, toda lógica política presupone acciones discursivamente constituidas e implica la conformación de determinadas identidades. El populismo constituye un modo de construcción política, tal y como exponía antes o más específicamente, una lógica de articulación social. Su discurso radicaliza, en realidad, los rasgos generales del discurso político (Gallardo, 30).

«No pienses en un elefante. Hagas lo que hagas no pienses en un elefante» propone Lakoff para demostrar que, una vez pronunciada la palabra, ya no es posible dejar de evocar su marco de referencia (desde la representación del mundo animal al emblema del partido republicano en EUA), a pesar de la negación. Estos marcos, que se activan a partir de significantes, componen estructuras men-

tales que conforman nuestro modo de ver el mundo y abarcan «la base cognitiva sobre la que se asienta la comunicación efectiva y, en la medida en que supone un fondo informativo compartido por emisión y recepción, puede considerarse un proceso vinculado a nociones más genéricas, como el principio de cooperación y la capacidad intersubjetiva» (Gallardo, 2014: 20). Resultan determinantes en el diseño de programas políticos puesto que los cambios de marco implican la alteración de esquemas perceptivos. En ese sentido, «el cambio de marco es cambio social» (Lakoff, 2007: 4). Así debe entenderse la atribución de Pablo Iglesias, en tanto a través de estos encuadres no solo se procesa la realidad social sino que se dirime una batalla de sentidos en la arena política.

«El discurso como terreno de disputa por la hegemonía». Errejón toma la metáfora bélica de Gramsci para explicar que esta guerra «es una función interna de la política, que se distingue y eleva sobre aquella porque en la política los bandos, el campo de batalla (o de negociación) y los términos del combate no están anclados, sino por construirse en la lucha discursiva. La “guerra de posiciones” es, en efecto, esa actividad de articulación que compone los bandos y los moviliza. A esos “bandos” les llamamos identidades políticas» (Errejón, 2011).

Lejos de un análisis utilitarista, esta premisa tiene en cuenta la contingencia radical de la práctica política en la elaboración y confrontación de sentidos compartidos, ya que ni da por sentado las posiciones o el anclaje de esos sentidos ni tampoco garantiza su acción transformadora en un proceso histórico. Y Errejón puntualiza suficientemente cómo la producción de marcos discursivos interviene en la consolidación de una identidad popular y promueve una significación antagónica de la realidad social. La instauración de un «nosotros» enfrentado al *status quo* e inédito hasta el momento permite vehicular sus reivindicaciones ignoradas o frustradas en un espacio común de representación.

Sin duda, el contexto de la crisis española ha favorecido la emergencia de estos reclamos, de ahí las acusaciones de oportunismo achacadas a Podemos (como si la política no dependiera del diagnóstico social y económico del presente). Pero como observa Laclau, la disposición de un conjunto de distintas demandas negadas es una condición necesaria pero no suficiente para una articulación populista; precisa de la producción de una frontera en relación con una alteridad y de un discurso que produzca una subjetividad popular. Este matiz resulta fundamental para entender que «el populismo no es la expresión de una identidad popular, sino la lógica mediante la cual una identidad se constituye. Dicho en otros términos, es el populismo el que produce mediante un discurso la identidad popular, aunque encuentre legitimación en asumirse como el representante del campo popular, postulando y a la vez configurando su unidad» (Retamozo, 2014: 135).

Ya desde su denominación como partido, Podemos instaura un sujeto plural, agente de una acción de posibilidad que se proyecta en tiempo presente. El distintivo arranca como un neologismo frente a las designaciones descriptivas o las siglas del resto de formaciones, además de recoger las resonancias de la campaña

de Obama y los lemas del 15M. El juego lingüístico al que se presta esta interpelación («Claro que podemos», «Juntos podemos», «Podemos cambiar las cosas») ha funcionado como un distintivo eficaz y una articulación discursiva exitosa. El verbo, además de personalizar, evoca un frente común que extiende el protagonismo tanto a la organización como a quienes se dirige, una horizontalidad vigente también en sus principios de constitución participativos y asamblearios. También se contrapone a un amplio «ellos» adverso, referido a todos los partidos en su conjunto, una novedad frente a la estrecha oposición con la que estos han construido sus inclusiones y exclusiones.

Uno de los efectos más notables que ha producido esta articulación ha sido la apertura de un frente político en el inamovible sistema bipartidista, lo cual ha desequilibrado la correlación de fuerzas que la Cultura de la Transición logró imponer como supuesto eje de estabilidad democrática. Esta apertura ha fracturado otro de sus principales pactos de consenso: el que ponía a cargo de la élite política el bienestar y la protección de la paz civil, destapado ahora como pretexto para legitimar injusticias y favorecer una gestión poco democrática y altamente corrupta, causa de la crisis coetánea.

Por tanto, ya no solo frente al resto de partidos sino contra todos los políticos. La transversalidad de Podemos ha convocado a «la gente» a la que alude el libro de Monedero (2013), una mayoría social que comparte el sentido común, la decencia y la apuesta por la regeneración democrática. Una identidad más heterogénea que, como sus círculos (profesionales, geográficos o sencillamente de afinidades) opera en red y maneja un concepto más dinámico de clase, semejante a los colectivos feministas, ecologistas, antimilitaristas y okupas de los años 80.

Porque la cuestión decisiva de una política «no reside en llegar a un consenso sin exclusión –lo que nos devolvería a la creación de un “nosotros” que no tuviera a un “ellos” como correlato–, sino en llegar a establecer la discriminación nosotros/ ellos de tal modo que sea compatible con el pluralismo» (Mouffe, 16). Un pluralismo que Juan Carlos Monedero resume como «el nosotros de nuestro yo» (2013: 6) y que «no se logra mediante la universalización de un particular, sino a partir de la interpelación desde el universal hacia los particularismos» (Retamozo 2014: 236), una cuestión sobre la que volveré más adelante.

En la producción de esta frontera antagonica reconocemos la efectividad de «la casta» y hasta dónde este significante ha sobredeterminado el marco discursivo de Podemos. Toda la cadena de vaciamientos y resignificaciones de su léxico se sostiene en la transformación del eje izquierda-derecha en el eje abajo-arriba y las dicotomías que esta transformación arrastra: la gente contra la casta se reduce en nueva política contra viejos políticos, sentido común contra ideología, espacios de decisión frente a lógica de partidos, país real frente a país de élites, democracia contra oligarquía, mayoría social contra minoría de privilegiados.

Más complicado ha resultado desenfocar los términos «patria» y «España» en su intento por investirlos de vivencia y sentimiento, para así recuperar una

comunidad nacional de la que se había apoderado el franquismo: lo cual, según ha escrito Errejón, se debe a las «dificultades de la izquierda para nombrar un nosotros pueblo».

Tal y como describen en el caso del kirchnerismo Retamozo y Morris, en este trasfondo opera la producción de sentido a cargo de un relato («el pueblo contra la casta») que restituye un retrato donde mirarse, además de proveer de una «experiencia» (en términos benjaminianos) que se proyecta en la historicidad de los sujetos interpelados: en su pasado (republicano, de falsos consensos, de silencios franquistas), en su presente (de carencias y decepciones) y en su futuro (al abrir un horizonte de acción).

¿VOTARÍA A ALGUIEN A QUIEN NO PUDIERA ABRAZAR?

– Hemos perdido al amigo, se dice en este siglo.
– No, al enemigo, dice otra voz, en este mismo siglo que acaba.
Y los dos hablan de lo político, es esto lo que querríamos recordar.

Jacques Derrida

«Emociones para convencer». Así rezaba un titular de prensa después de la victoria electoral de Hillary Clinton en las elecciones primarias de 2008, en EUA (Manetto, 2008). Las lágrimas que asomaron en la candidata al preguntarle sobre su estado de ánimo en plena campaña fueron consideradas claves para su triunfo.

Coincidiendo con el ascenso de Podemos, hemos asistido también a una apelación emocional por parte de nuestros actores políticos. Oriol Junqueras lloró al reclamar la independencia de Cataluña; M^a Dolores de Cospedal invocó igualmente razones sentimentales («Cataluña forma parte de la identidad española», Piñol y Manetto, 2011) para defender lo contrario. No parece casual el ascenso del soberanismo catalán en relación al contexto de desafección política, de atomización social y necesidad de reactivar identidades colectivas. Pablo Iglesias también habla con la mano en el corazón: «No regalamos al fascismo el monopolio de la emoción porque conocemos la Historia» (Riveiro, 2014).

La devaluación de la política, su escamoteo y reemplazo por la gestión y la administración, y la transferencia de poder a expertos han conducido a la sustracción de su dimensión afectiva, cuando no a una destitución subjetiva difícilmente reparable y de ser procesada institucionalmente.

«No nos representan»: el lema del 15M no solo desautorizaba la delegación política sino que también recusaba la identificación identitaria que la sostenía. La indignación sirvió para expresar un sentir colectivo que hacía límite con el poder, es más, la expresión de ese sentimiento moldeó una forma de hacer política en sí misma, fuera de los canales tradicionales de partidos o sindicatos cuya legitimidad era puesta en duda.

Ahora bien, en el salto que va de un movimiento social a una formación política que recupere la caída de la representación ciudadana, la presencia de un líder parece inevitable. Y si de afectos políticos hablamos, es preciso no perder de vista el vínculo emocional que rodea esta figura. En la identificación de los miembros de un grupo, el líder puede funcionar a partir del ideal del yo y puede acabar fijando sus demandas como imperativos que hay que obedecer. Si el líder se erige como una poderosa autoridad jerárquica que habla en lugar del grupo y no por el grupo, su investidura libidinal termina sobreimponiéndose a su mediación discursiva.

En *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud advirtió en esta fascinación y homogenización colectiva los prolegómenos del totalitarismo. Laclau retoma sus reflexiones y relocaliza el protagonismo del líder en la tensión entre equivalencia y diferencia. Solo la pluralidad de demandas, a través de su articulación equivalencial, consolida una subjetividad social más amplia (Laclau, 2005: 99), teniendo en cuenta que la representación universal de la totalidad es imposible. Es decir, en la medida en que es incompleta, la totalidad requerirá siempre que una demanda particular aprese la representación para soldar las diferencias en una unidad. A través de esta lógica cristaliza una identidad populista como efecto, no como un punto de partida o un supuesto apriorístico garantizado por algún impreciso «ser nacional».

A partir de la dimensión simbólica, afectiva y pasional de la política que este monográfico también plantea, Peris Llorca invita a pensar el caso del «blaverismo» (un movimiento, de otro lado, en franco declive) en una lógica populista que, sin embargo, no ha requerido de un liderazgo centralizado y carismático. Retamozo y Morris salvaguardan su centralidad «en un registro distinto de aquel que lo reduce a una intervención caudillista o personalista con pretensión manipuladora, y lo inserta en la pregunta por la conformación de los sujetos de la política, capaces de acción y disputa por el orden social».

En ese sentido, el nombre del líder actúa como un significante que se vacía y se convierte en referencia de identificaciones heterogéneas produciendo unidad, tal cual el vaciamiento que de forma tan célebre resolvió el Subcomandante Marcos con su pasamontañas, un distintivo que recogía la tradición mexicana de la máscara y de los héroes vengadores, además de contribuir a su despersonalización y evitar la plena individuación. Saberse líder como quien construye un personaje ha sido una de las claves de su práctica política, además de cultivar el enigma sobre su auténtica identidad o hacer de su autorrepresentación una auténtica performance. Todo ello para restar consistencia a este papel y, paradójicamente, afirmarlo en el vacío sustancial de su persona, lo cual ha permitido que el zapatismo se proyectara en un amplio foco de identificaciones.

En el caso de Podemos se advierte la cautela con la que se presenta Pablo Iglesias y un cierto reparto de papeles entre sus dirigentes. Su visibilidad resulta fundamental como herramienta comunicativa y catalizador simbólico; recordemos

que su rostro funcionó como logotipo electoral en la campaña de las elecciones europeas (2014) y aparecía, en un estilo tan grafitero como activista, en la papeleta del voto. En relación a su papel, él mismo aclara: «Yo creo que un líder cumple la misma función que un spot, que una pegatina, que un cartel, que un libro, que la manera en que hacemos música, que el tipo de cultura que construimos... Es un dispositivo de comunicación política para disputar el poder en el terreno de la ideología» (Muriel, 2014).

A este respecto parece ejemplar su estrategia retórica en los actos multitudinarios convocados por Podemos donde trata no tanto de recoger la demanda de las masas como de sumirse en ella, otro uso del recurso constante al «nosotros». El paso por la colectividad hace que la voz del dirigente singularice un deseo común sin ocuparlo.

Se trata, en consecuencia, de evitar posicionamientos que funcionen como mecanismos de sutura, incluido el nefasto culto al «Uno». La mediación del líder sirve para transformar la protesta en tejido, siempre a distancia del amo, como un objeto transferencial, podríamos añadir; se presta a ocupar este lugar sin colmarlo: garantiza presencia como cuerpo, procura escucha y produce efectos de significación política.

UN PUEBLO SIEMPRE AUSENTE

Con mi pueblo del todo
y vuestro pueblo encima del costado.
Miguel Hernández

De la propia etimología deriva el conflicto: la referencia al *pueblo* como *populus* (el cuerpo de todos los ciudadanos) tensiona la noción de *plebs* (los menos privilegiados) en el discurso populista. No importa que esta referencia se conciba como un significante vacío en la disputa por su anclaje en distintos universos simbólicos, ni como un significante flotante en los desplazamientos inestables de sus fronteras identitarias (Laclau, 2005:165). La aporía se instala en el intento por compatibilizar la propia diferencia con una representación plena de la comunidad política.

El populismo se despliega en esta tensión irresoluble: por un lado, entre la parte y el todo; por otro, entre la inclusión y la exclusión que comporta todo colectivo. Una tensión presente en los artículos que incluye este dossier de *Pasajes*. Si Martín Retamozo y María Belén Morris parten de que la conformación del sujeto *pueblo* depende de la producción de un antagonismo (que a su vez emplaza un campo común para el «nosotros»), también advierten de las posibles consecuencias autoritarias de este trazado: «En todo caso, los alcances de su concreción dependerán del tipo de construcción del sujeto (los contenidos articulados, los

procesos, la historicidad y los cierres ideológicos), así como del régimen político en el que se inscribe».

Como prevé Laclau, la hegemonía populista puede ser democrática o totalitaria, en función de la captura de la representación y los sentidos políticos, del cierre ideológico antes citado. El artículo de Jesús Peris Llorca muestra cómo la «solidificación» de ambas instancias obstruye la práctica democrática, especialmente cuando el discurso populista se circunscribe a la demagogia y su programa político no genera participación sino delegación.

Soledad Stoessel señala que la dicotomía populismo-institucionalismo no es privativa de los enfoques (normativos) de tipo liberal y de aquellos hegemónicos en el campo de las ciencias políticas y discute con ambas tesis: la que, encumbrando al populismo, sostiene que todo fenómeno populista prescinde de la construcción de instituciones por considerarlas vehículos que despolitizan, y por ende, «desdemocratizan» a la sociedad o conducen a «la muerte de la política» (lectura de Laclau); y la tesis según la cual todo populismo, por definición, avasalla las instituciones (fundamentalmente de la democracia liberal, como la ciudadanía, los mecanismos electorales, la Constitución y los Poderes del Estado) y por lo tanto, exhibe una baja o nula vocación democrática. En estas coordenadas analiza el caso de Rafael Correa en Ecuador y su vocación gubernamental por reinstaurar una comunidad política a través de la refundación e innovación institucional.

Finalmente, Erik Del Bufalo aborda la inmanencia de la soberanía popular en relación a la gobernabilidad y perfila una política que no retorne de otra manera la administración de las demandas ciudadanas, ya que cualquier vuelta del Estado conduce siempre a reproducirlo como aparato de control. En su manera de encarar a Žižek con Laclau, considera pertinente distinguir entre pueblo y multitud para evitar la hegemonía de las demandas parciales del populismo. Es más, sugiere que la lucha política no se reduce a estas: «Las demandas de “los oprimidos” son siempre demandas hacia el poder contra otro poder. Por ello, no es del lado de la demanda, sino del “deseo” surgido de subjetividades realmente construidas en el capitalismo global donde puede encontrarse una razón y una respuesta a la opresión».

En efecto, la fundación de una comunidad política no se consolida equiparando demanda con necesidades sino como manera de significación de la falta, a sabiendas de que el deseo que la moviliza escapa siempre a toda forma de procesamiento, pero insiste y relanza el ciclo político una y otra vez.

Aunque Laclau subraya esta incompletud y recalca la fluctuación permanente de la demanda populista, esta constituye la condición de posibilidad de la democracia, entendida como soberanía del pueblo, fallido en su plenitud, estable solo en su nominación performativa: «Sin la producción de vacuidad no hay pueblo, no hay populismo, pero tampoco hay democracia» (2005:213), justo el límite que Del Bufalo cuestiona en su artículo.

Desde una perspectiva u otra, pensar la política (pensar lo común) exige dejar de lado cualquier idealismo para orientar una vía de emancipación. No se trata de planear un orden colectivo que diluya las singularidades en la homogeneidad de un «nosotros» sino de medir lo que nos iguala o asemeja a los otros en la diferencia absoluta, de cada uno con cada otro.

Lo común, tal y como lo plantea Jorge Alemán, no está dado por el hecho de que alguien pertenezca a una comunidad sino en la soledad a la que nos expone lo singular de cada existencia. Paradójicamente, en esta soledad (que difiere del solipsismo o el individualismo capitalista) radica lo común, «un común real que no se deja colmar por ninguna propiedad común pero en cuya intersección surge el vínculo social» (Alemán, 2012: 25). El populismo pone en juego esta intersección delimitando los antagonismos propios de la acción política: simbólicos posibles y reales e imposibles.

Tal y como planteaba al comienzo, el populismo nos devuelve a una casilla de salida, al momento de constitución de lo social, sus vueltas retornan el fantasma de la exclusión, su espectralidad, según lo expuesto, atañe al pueblo como expresión de una totalidad ausente, siempre reinventada. Solo así se entiende que «el populismo es-no-siendo» (Barros, 2006: 156), nunca se realiza, queda latente.

La política retorna así en lo político... o más bien en su negación, al obturar la heterogeneidad del lazo social. Lo político la señala como un espacio incompleto, evidencia sus semblantes civilizatorios y sus sentidos congelados, suspende el orden en el que se instala. Al igual que el populismo, acontece como una posibilidad nueva de dar forma y sentido a este ámbito. Si la política nos instala en el discurso, lo político toca la dimensión singular de acto.

Si la política se ha construido como el arte de «hacer creer» para negar su imposibilidad es preferible que no vuelva. Casi mejor un realismo sin ilusión, un cierto descreimiento indispensable, no el que se instala, una vez más, en un decir que no compromete a nada sino el mínimo necesario para una ética de las consecuencias.

REFERENCIAS

- ABOY CARLÉS, G. (2007). «La democratización beligerante del populismo», *Debate*, 12: 46-57.
- ALEMÁN, J. (2012). *Soledad: Común. Políticas en Lacan*, Madrid, Clave Intelectual.
- BARROS, S. (2006). «Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista», *Estudios Sociales* 30 (1): 145-162.
- ERREJÓN GALVÁN, I. (2011). «¿Qué es el análisis político? Una propuesta desde la teoría del discurso y la hegemonía», *RELACSO. Revista Estudiantil Latinoamericana de Ciencias Sociales*.
- Disponible en: <<http://relacso.flacso.edu.mx/que-es-el-analisis-politico>>

- GALLARDO PAÜLS, B. (2014). *Usos políticos del lenguaje. Un discurso paradójico*, Barcelona, Anthropos.
 <http://politica.elpais.com/politica/2014/01/24/actualidad/1390565483_246277.html>
- KRISTEVA, J. (1989). *Poderes de la perversión*. Trad. trad. Viviana Ackerman y Nicolás Rosa, México, Siglo XXI, 1980.
- LACLAU, E.. *La razón populista* (2005), Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
 — (2009). «Populismo: ¿Qué nos dice el nombre?», en Panizza, Francisco, *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- LAKOFF, G. (2007). *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*. Trad. Magdalena Mora, Madrid, Editorial Complutense, 2004.
- MANETTO, F. (2008). «Emociones para convencer», *El País* 13-01-2008. Disponible en:
 <http://elpais.com/diario/2008/01/13/internacional/1200178805_850215.html>
- MONEDERO, J. C. (2013). *Curso urgente de política para gente decente*, Barcelona, Seix Barral.
- MOUFFE, Ch. (1999). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Trad. Marco Aurelio Galmarini, Barcelona, Paidós, 1993.
- MURIEL, E. (2014). «Cinco claves del éxito de la campaña electoral de Podemos», *Rebelión* 31-05-2014. Disponible en <<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=185356>>
- PIÑOL, Á., MANETTO, F. (2014). «Cospedal avisa: “Una Cataluña independiente nacería en quiebra”». *El País* 24-01-2014.
- RETAMOZO, M. (2011). «Movimientos sociales, política y hegemonía en Argentina», *Polis*, 10: 243-279.
 — (2014). «Populismo en América Latina: desde la teoría hacia el análisis político. Discurso, sujeto e inclusión en el caso argentino», *Colombia Internacional*, septiembre-diciembre, 221-258. Disponible en: <<http://redalyc.org/articulo.oa?id=81232436010#>>
- RIVEIRO, A. (2014). «Vídeo | Debate entre Pablo Iglesias y Alberto Garzón: la unidad de la izquierda y el poder», *El Diario.es* 06/02/2014. Disponible en:
 <http://www.eldiario.es/politica/Debate-Iglesias-Garzon-unidad-izquierda-instrumentos_0_226077401.html>.

.....
 NURIA GIRONA FIBLA es profesora del Departamento de Literatura Española de la Universitat de València.